

—¿En algún momento de su vida vio como posible el engarce con el "establishment" del que habla Castellet? ¿Sintió la tentación de integrarse en alguna ocasión?

PROFESOR ARANGUREN.— Sí, desde luego. En la época de Ruiz-Giménez. Fue la única añagaza. Entonces, Ruiz-Giménez era distinto. Aquel período pudo ser la trampa para nosotros, como en otro plano lo ha sido el Concilio. Porque lo realmente progresivo no se integra. Si yo siguiera siendo el católico de "Catolicismo día tras día", podría integrarme, pero ya no lo soy. Mi catolicismo es utópico.

El padre Aguirre es más explícito:

—La actitud del católico auténtico es la del que considera penúltimo lo que otros consideran último. El "clergyman" ha sido para muchos lo último. Incluso la desaparición del celibato esta planteada de un modo solapadísimo por cier-

EL INFIEL ARANGUREN

to posconciliarismo que dice: "Que se case el cura, que así se integrará".

—Sin embargo —les digo a ambos—, esto de la utopía no tiene demasiado sentido desde un plano político, que es como puedo concebirlo yo. Si hay que actuar y avanzar, habrá que marcarse unos objetivos aun cuando se piense en una meta mucho más lejana.

PROFESOR ARANGUREN.— Tácticamente sí, pero un católico, tal como yo entiendo el catolicismo, no es nunca integrable, hágase lo que se haga.

Creo, por el gesto de Castellet, que a él esto le suena —como a mí— a música celestial.

PROFESOR ARANGUREN.— Porque el fin último del cristiano es siempre inalcanza-

ble; nuestra actitud es escatológica.

En este momento, Castellet se enfada: «Ya ha salido la palabreja, escatológica...». Hay un poco de revuelo durante unos instantes, acusaciones veniales, en la amistad.

—Tú, Castellet, que no eres discípulo de Aranguren, sino amigo, podrías dar tu juicio sobre él, describir brevemente tu imagen de Aranguren.

—Mi interés por lo que hacía Aranguren no residía en el contenido en sí... Yo sabía que tenían un gran interés, porque Aranguren era un fermento destructor en el mundo que vivíamos. Yo no he sido discípulo, sino amigo de Aranguren. Y, a mi juicio, lo interesante de la obra de Aranguren es eso que se desprende de sus libros, de unos libros artesanales, hechos con esfuerzo en los que se notan las dificultades que ha tenido que ir venciendo, en lucha con el tiempo, con la sociedad, esa búsqueda personal... Esto es lo que me ha hecho simpática su figura, quizá porque encuentro que mi obra es un poco así... un poco precaria, pero en la que se dicen cosas a la gente; no es una obra redonda. No nos ha importado por eso la fidelidad a nosotros mismos, sino a lo que era necesario decir en un momento dado.

La sociedad perdona una infidelidad, pero no aguanta una actitud infiel. Aranguren ha estado hace poco con sus amigos, sus viejos amigos y, como siempre, ha salido decepcionado. Le recuerdan un mundo que abandonó hace mucho, y él, «el infiel», debe atenerse a 1970, lo cual le exige un desdecirse continuo. ¿Está Aranguren a la altura de nuestro tiempo? Ahora, al marchar de nuevo a California (USA) nos deja un libro, no extenso, quizá deshilachado, no definitivo sobre él mismo, con el que se podrá o no estar de acuerdo, pero digno, en todo caso, de meditación. Son las «Memorias» de un esfuerzo honrado. Hay en él —ideas aparte— un cierto patetismo, como el de esta cabeza inquisidora que Pablo Serrano ha colocado sobre un cuello tan estirado y tenue, y que queda aquí en el rincón de la biblioteca umbria y silenciosa de la calle de Velázquez, confortable a pesar de todo. ■ C. A. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

